

Regresó el redoble del ¡lunes, lunes, lunes! Se volvió más constante, más persistente, iba todo el día a toque de silbato y me decía que solo así saldría adelante. Que ahora tenía un hijo por criar y una carrera por acabar. Volvía a estar a dieta porque había engordado mucho, cada lunes empezaba una distinta. Restricciones imposibles para unos cuerpos que no paraban nunca, que tenían que moverse sin descanso. Me acordaba de la fuerza de voluntad que tenía antes de estar casada. ¿Por qué no conseguía ser como entonces?

Incluso volvimos a correr, aunque Sam ya se había marchado de la ciudad, había encontrado trabajo en un hotel de lujo de la costa. Supe por ti que acabó casándose con un hombre negro, como había querido siempre, y que tenía un niño precioso. A menudo echaba de menos sus bromas, la alegría que me había contagiado durante los años más oscuros en el barrio, pero no me extrañó que se hubiera ido. Para que no nos viera nadie cogíamos tu coche y nos íbamos a las afueras, hasta un pequeño monte rodeado de carreteras donde había un camino de árboles muy bonito. Te sentía a mi lado, escuchaba tu respiración y de nuevo, como tú, estaba convencida de que podría conseguir cualquier cosa. Aunque en-

tonces tú también te desesperabas al darte cuenta de lo difícil que era que Saíd cambiara. Casi no puedo ni verlo, me dijiste, me acerco a él y su olor me provoca náuseas. ¿Era ese el desencanto del que hablaban los escritores? Pero no nos rendiríamos, no podíamos.

Un día estábamos volviendo de la carrera, barnizadas las dos de sudor, felices al sentirnos vivas y libres lejos de todo y de todos. Entonces, como si nada, me preguntaste: ¿por qué no escribes? Te miré sorprendida: ¿yo? Yo no soy escritora. Soy madre, mora, pobre, inmigrante, una mujer de la limpieza. ¿Cuándo has visto tú a una mujer de la limpieza que escriba? Al decírtelo sentí una punzada en un lugar profundo, muy antiguo, muy remoto, justo debajo del estómago. Era el dolor de haber renunciado.

VII

No escribía porque tenía que vivir y porque después de la experiencia con mi primer relato me convencía a mí misma de que lo único que les interesaba a los lectores era que fuera mora, exótica y lejana, que les hablara de esa realidad oculta y misteriosa, cargada de una violencia primitiva que los fascinaba. ¿Muchos de quienes me leyeron no habían recibido en herencia el imaginario de la guerra de África, el Protectorado y los moros asesinos y sanguinarios que había traído Franco hasta pequeñas ciudades como la nuestra? ¿No recordaban aún las mujeres mayores relatos espeluznantes sobre nuestros antepasados? ¿No estaba todo el mundo convencido de vivir ya en un país civilizado en el que se había conseguido la igualdad plena entre hombres y mujeres y creían que los machistas eran otros?

Excusas, me decías tú. Excusas para no hacer lo que quieres. Y puede que tuvieras razón. Estaba convencida de que no era más que una impostora que había engañado a todos con cuatro palabras bien puestas y que tarde o temprano se descubriría la verdad. Si volvía a escribir, se sabría que era un fraude,

porque el chico del que tanto me acordaba, el que se había presentado al premio y no lo había ganado, tenía razón. Y la Parabólica, que seguía acordándose de que yo había traicionado a los míos avergonzándolos ante los cristianos, también. Sí, sí, te indignabas tú, la Parabólica sabe mucho de literatura.

Haciendo camas, limpiando baños y sacudiendo el plumero me sentía mucho más segura. Tú también estabas más segura que teniendo que demostrar tu valía en las peluquerías, un trabajo que tampoco era muy de mora. Y a pesar de todo, desde aquella conversación por el camino arbolado, volvieron las palabras y las frases, textos enteros que se formaban en mi pensamiento mientras abrillantaba grifos y suelos.

Después del hotel, la empresa nos propuso algo que nos hizo sentir como si nos hubiera tocado la lotería: incorporarnos a la brigada de limpieza de una fábrica. Cuarenta horas semanales y contrato de tres meses que se iría ampliando, primero a seis y luego a un año hasta que, tarde o temprano, nos harían fijas. Tarde o temprano, había dicho el gerente. Solo las mejores conseguían ese puesto. Nos propusimos ahorrar. Después de mucho hablarlo llegamos a la conclusión de que las discusiones con nuestros maridos tenían que ver con el entorno, que ellos no eran el problema. ¿Fuimos ingenuas? ¿Merecimos lo que nos pasó por serlo? Confiamos, ese fue nuestro delito, confiar en ellos. Tú empezaste a hablar del mal de ojo. No podía ser que de repente, después de haber estado tan enamorados, de que Saíd lo hubiera dejado todo por estar contigo, de que Yamal se hu-

biera enfrentado a mi padre, ahora esas bonitas historias de amor se hubieran convertido en una constante sensación de repugnancia por nuestra parte. Yo te dije que no creía en magias, pero también descargué a Yamal de sus responsabilidades: son los demás, los otros han hecho que cambien.

¿No asistía mi marido cada vez más a la mezquita? ¿No me contaba todos los rumores que allí corrían sobre las mujeres de otros? ¿No regresaba a menudo quejándose de que había hombres que hablaban de mí? Saíd se negaba a hacer lo que le pedías, decía que un hombre de verdad no acepta órdenes de su mujer. Y no quería cuidar de la niña, que estaba siempre con tu madre. Discutíamos sin parar con ellos, parecía que íbamos a romper de un momento a otro. Pero nuestras madres nos aconsejaban no hacer *rmuncar*, no hacer daño a seres inocentes como nuestros hijos dejándolos sin padre. Entonces, la culpa nos hizo buscar más motivos, y juntas llegamos a la conclusión de que lo que teníamos que hacer era irnos de allí. Vivir en Barcelona, lejos de los chismes y el control de la gente. Ellos volverían a ser los que habían sido y nosotras seríamos felices.

Por eso aceptamos trabajar de noche en la fábrica, por el plus de nocturnidad. Ahorraríamos todo lo que pudiéramos para pagar los primeros meses de alquiler en nuestra nueva vida. Fue esa ilusión la que nos permitió aguantar sin dormir, agotándonos hasta la extenuación, sujetando con firmeza la manguera a presión. Una manguera que si se nos escapaba, nos habían dicho en el cursillo de prevención de riesgos laborales, podía matarnos. Así estaríamos

con los niños de día. No calculamos que también tendríamos que dormir.

Te quedaba muy bien el mono azul con las botas de goma hasta las rodillas, nos pisábamos la puntera y decíamos: no duele, no duele nada, es de hierro. Te maquillabas incluso para ese trabajo y, cuando nos cambiábamos en el vestuario, te quitabas los pantalones dejando al descubierto tu espléndido culo atravesado por un tanga. Lo miré muchas veces cuando tú no me veías y pensaba: ¿qué hay de malo?, ¿qué tiene de malo tener toda esa carne turgente que dan ganas de estrujar?, ¿por qué molesta tanto a mi padre?, ¿por qué las revistas de moda dicen que tenemos que reducirlo a la más mínima expresión? De repente, esa grasa firme me resultó agradable a la vista, imaginé que también lo sería al tacto. ¿Por qué teníamos que deshacernos de ella?

Era un trabajo mucho más duro que el de limpiar oficinas, pero nos sentíamos poderosas. La primera semana parecía que nos hubieran dado una paliza, ¿te acuerdas? Teníamos agujetas por todo el cuerpo. El olor a jabón y a desinfectante nos penetraba tan adentro que lo olíamos hasta cuando no estábamos en la fábrica. El agua salía de la manguera con una fuerza tremenda. Sujetarla y que no se nos escapara era cuestión de vida o muerte. Era un arma, nuestra arma de destrucción de suciedad.

Éramos diez o doce empleados, hombres y mujeres, casi todos extranjeros. Los únicos de fuera, porque las operarias de las cadenas de producción eran todas de «aquí». Yo no comprendía muy bien lo que ese «aquí» significaba. ¿El barrio era «aquí»? Anda,

déjate de palabras y limpia, me decías tú. Que digan lo que quieran. No había operarios hombres, ni de aquí ni de ningún sitio, todos eran encargados. Ninguna mujer, ni de aquí ni de ningún sitio, era encargada. Por lo menos, las jerarquías estaban claras, no se camuflaban detrás de una igualdad y una no discriminación de boquilla.

Me iba justo después de cenar y el niño lloraba, se me agarraba a las piernas y yo tenía que desprenderle los dedos uno a uno. Nuestros hijos serán felices, habíamos dicho antes de tenerlos, pero no contábamos con el llanto que les provocaría nuestra ausencia ni con no poder estar con ellos. No sabía si te envidiaba en eso, en que a ti no te pasara con tu hija lo mismo que a mí. ¿Por qué nos querían tanto a nosotras, las madres?, ¿por qué nos querían más que a sus padres? ¿Por qué ninguna de las feministas que había leído me había hablado de ese llanto? Me iba corriendo y dejaba la voz de mi hijo detrás de mí, convencida de que ese desgarró que sentía cada noche no tenía arreglo alguno. Algunos expertos aconsejaban ignorar lo que los pequeños nos pedían, se acostumbrarán, decían. Otros afirmaban que lo que debíamos hacer las mujeres era quedarnos en casa cuidándolos hasta que fueran algo más mayores. Esos expertos tendrían la nevera llena y todos los recibos pagados. Como tantas otras madres, nos las arreglamos como pudimos y se nos rompió la imagen idílica de las no moras con su éxito en todo, incluso con su capacidad de conciliar lo profesional y lo familiar.